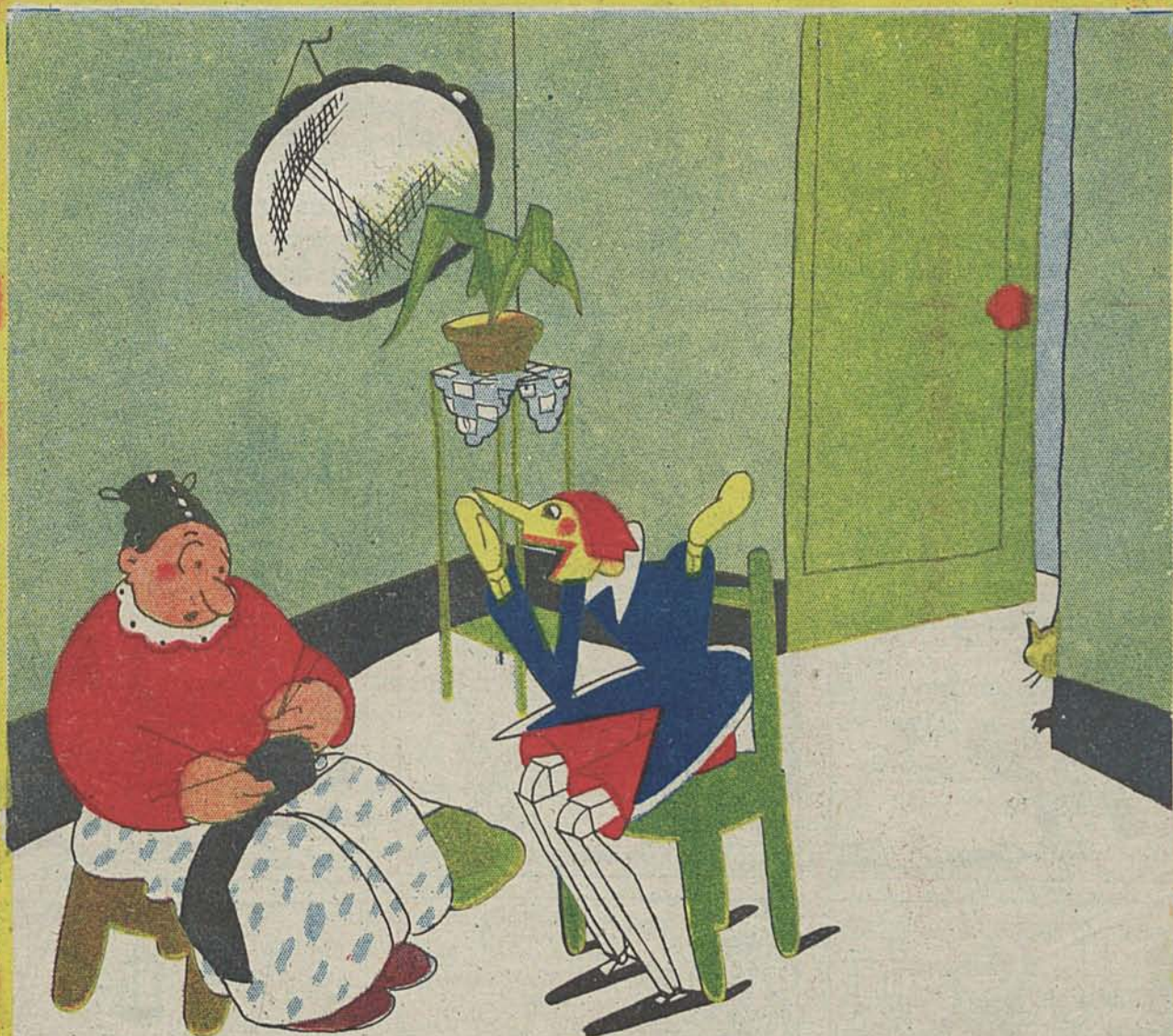


PiNOCHO

AÑO VI
NUM. 293

25cts

12 OCTUBRE
1930



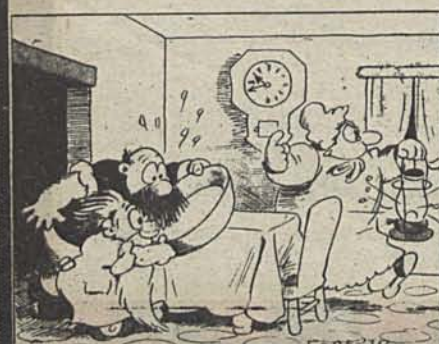
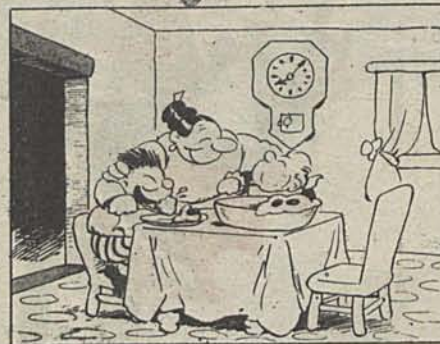
—HE VENIDO A DECIRLA QUE LOS NIÑOS SE HAN QUEDADO EN CLASE, CASTIGADOS
POR NO SABER DONDE ESTÁN LOS PIRINEOS.
—¡ESTOS HIJOS....! NUNCA SABEN DONDE DEJAN LAS COSAS.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tín y Tón





(Continuación)

El tornado había hecho grandes daños en la pradera, que aparecía casi

devastada. Centenares y centenares de plantas habían sido tronchadas por la fuerza del viento, y eran pocas las que habían podido resistir al huracán, cuyos ensordecedores mugidos no cesaban durante toda la noche.

Encontrando en la llanura más fácil camino, los jinetes lanzaron sus caballos a un galope desenfrenado, y en dos horas llegaron a las márgenes de la inmensa pradera.

Allí no había árboles ni arbustos; hierbas, y siempre hierbas altísimas, mezcladas de distancia en distancia con grupos de espléndidos girasoles.

El *indian-agent* detuvo su caballo, y, haciéndose pantalla con las manos, examinó con detención el horizonte.

—¿Nada?—preguntó Harris.

—¡Nada!—contestó John—. ¡Cualquiera sabe lo que se esconde detrás de esas altas hierbas! Después ventó el aire en varias direcciones.

—No hay olor a humo—dijo—. No hay, pues, por estos sitios ningún campamento. Los *chayennes* estarán lejos, y los *arrapahoes*, lo mismo. ¡Oído atento, y adelante! Hay que fijarse en cualquier cosa extraordinaria que notemos, por insignificante que sea. En tanto, marchemos hacia Kampa, si es que todavía existe.

—¿Pueden haberla destruido?—preguntó Harris.

—Esta noche podré decírtelo, si es que para entonces no nos han arrancado la cabellera esos malditos indios—contestó John—. ¡A la carrera, camaradas, y tened dispuestos los rifles!

Los cuatro caballos se lanzaron por aquel maravilloso mar de verdura, sumergiéndose entre las altas hierbas, y dejando tras sí una estela ondulante, en la cual caía una verdadera lluvia de semillas de girasol.

Entre la hierba no debía de haber ningún ser viviente; si acaso, sólo búfalos gigantescos o caballos salvajes.

De los indios no se notaba ni el menor rastro, con no poca sorpresa del *indian-agent*, que temía alguna escena emocionante antes de llegar a la pequeña estación del correo.

Llevaban algunas horas de carrera, cuando la agudísima vista del gigante descubrió muchos puntos negros que se movían en el aire, ya reuniéndose, ya dispersándose rápidamente.

—Parece que hay por aquí cadáveres que devorar. Los indios deben de haber pasado.

—¿Y no será un bisonte que haya sido abandonado después de muerto?—preguntó Jorge.

En vez de responder, el *indian-agent* interrogó al *gambusino*, el cual miraba obstinadamente hacia el norte, como si por aquella parte debiera aparecer una banda de *síoux* con Jalta a la cabeza.

—¿Qué dices tú?—le preguntó.

—Que allí debe de haber muertos—respondió Nube Roja.

—¿Hombres?

—Lo sospecho.

—¿Habrá habido algún combate ayer noche?—se preguntó el *indian-agent*—. ¡Vamos a verlo! ¡Amigos, armad los rifles y tened dispuestas las espuelas a mi primera señal!

Después de haber notado que las aves de rapiña no se espantaban al verles, los cuatro jinetes adelantaron velozmente, y no tardaron en descubrir una gran masa oscura oculta bajo las altísimas hierbas.

En aquel mismo instante vieron alejarse, re-lamiéndose los hocicos, a algunos *coyotes* y lobos negros.

—¡Ahí devoran carne humana!—dijo John.

—¿Y qué será esa masa oscura?—preguntaron los dos cazadores.

—¿No lo adivináis?

—¿Un correo asaltado por los indios?—exclamó Harris.

—Y saqueado después de asesinar a los viajeros.

—¡Infames!

—No es la primera vez, Harris; pero será, probablemente, la última.

Retrocedieron algunos pasos, temiendo caer en alguna emboscada, y después de haber dado una vuelta al lugar en que se desarrolló la lucha, se acercaron resueltamente.

No se habían engañado.

En medio de la pradera, junto a un cenagal fangoso, yacía completamente destrozada una antigua silla de postas con un doble sitial para el postillón y la pequeña escolta.

Antes que los Estados Unidos emprendieran la construcción de las vías férreas, la travesía del Atlántico al Pacífico se hacía en sillas de posta.

Multitud de estaciones situadas hasta en los lugares más desiertos y defendidas por fortines se hallaban colocadas a largas distancias unas de otras, que los correos atravesaban entre inmensos y continuos peligros, hasta llegar, si lo conseguían, a San Francisco de California.

De San Luis, principalmente, ciudad bastante comercial entonces, partía una posta cada semana, la cual debía atravesar toda la inmensa pradera con pasajeros y correo.

Los conductores eran cuidadosamente escogidos entre hombres de probado valor y de estatura gigantesca; pero, a pesar de estas condiciones, no siempre lograban salvarse ellos, ni mucho menos a sus caballos ni a personas confiadas a su protección.

—¡Es la posta de San Luis!—exclamó John, al verla—. ¡La conozco!

—¿Se ven algunos muertos?—preguntaron Harris y Jorge, nó sin emoción.

Una blasfemia se escapó de los labios del *indian-agent*.

—¡Tres caballos y dos hombres asesinados! ¡Ah, perros ladrones!

Descendió de la silla y se abrió paso por entre la hierba, llevando el caballo de la brida.

Los otros le habían imitado, mientras las aves de rapiña levantaban el vuelo, lanzando graznidos de protesta.

Lo primero que vieron fué el saco postal desgarrado, y junto a él, sobre un montón de cartas, un hombre muerto, que llevaba el traje de los *cow-boys*, o sea de los guardianes de caballos.

Le habían arrancado cruelmente la cabellera, lo que indicaba que sus verdugos fueron los indios, y en el resto de su cuerpo tenía horribles dentelladas de los lobos.

En la mano derecha, contraída por los últimos espasmos de la muerte, conservaba todavía una pistola de dos cañones.

Desde luego, se notaba que había recibido brutales lanzadas en el pecho, del cual había salido la sangre con extraordinaria abundancia. Además, mostraba el cráneo al descubierto.

—Estas heridas han sido causadas con las lanzas de los *chayennes*—dijo John, aterrado ante aquel espectáculo.

—¿Y cuándo pueden haber asaltado el correo?—preguntó Harris.

—Ayer, antes del *tornado*. ¿No ves que las carnes de este desgraciado están todavía frescas?

—¿Quién será?

—¡Quién sabe!

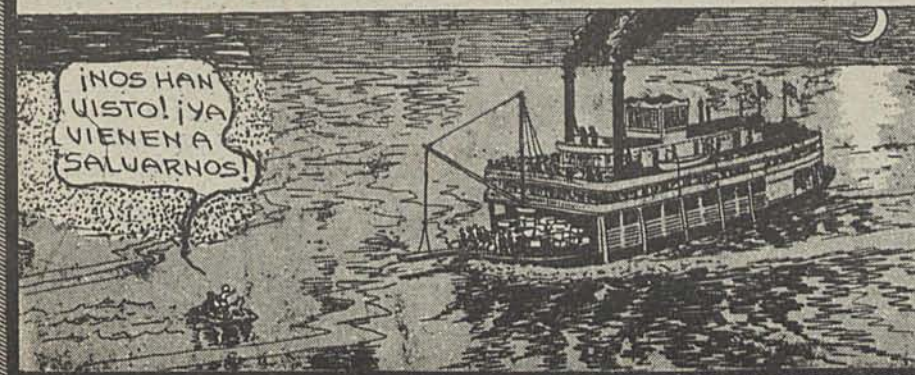
—¿No decís que habéis visto otro?

—Sí; y está entre los dos caballos, junto a la caja del coche—respondió el *indian-agent*—. ¡Vamos a reconocerle, camaradas!

Acercáronse, y vieron entre los caballos, muertos también a lanzadas, a un hombre de gigantesca estatura y que ostentaba la divisa verde con aiamares rojos de los postillones.

(Continuará en el próximo número).

ANITA BUEN- CORAZON



UN DRAMA EN EL DESIERTO

Por E. Salgarí

(Continuación)

¿Cómo describir la angustia experimentada durante aquellos terribles momentos? Me sería imposible decirlo.

Cuando el hoyo alcanzó ya una profundidad de metro y medio aquellos miserables me cogieron y sin desatarme los brazos ni las piernas, me introdujeron en la excavación y me enterraron luego hasta la altura de los hombros.

Terminada la operación solamente mi cabeza quedaba fuera de tierra.

¡Ah! ¡qué suplicio tan terrible! Aún tiemblo solo de recordarlo en estos momentos.

El jefe, por un inaudito refinamiento de crueldad, mandó colocar ante mi vista, a un metro de distancia una vasija llena de agua y una cesta llena de dátiles y luego saludándome con la mano me dijo:

—Ahora, come y bebe si puedes.

Intenté, mediante un esfuerzo sobrehumano, libertarme de

aquella arena que me oprimía por todas partes dificultándome la respiración. Más fué un esfuerzo vano.

Entonces loco de ira le escupí en la cara al miserable.

Ante aquel insulto cogió el fusil y le encañonó con rabia hacia mi frente: pero lo retiró en seguida.

—No—, dijo—. La muerte sería demasiado dulce.

—Mátame ahora—grité.

—No.

—Córtame el cuello con tu puñal y bébete mi sangre, tigre.

—No.

—¡Pues maldito seas!

El árabe sonrió, se puso el fusil en banderola, saltó rápido sobre su camello y se alejó sin volver a mirar atrás ni siquiera una sola vez.

Sus compañeros ya le habían precedido.

Loco de rabia y de terror les perseguí con mis gritos, dirigiéndoles toda clase de injurias imaginables: más no obtuve ninguna respuesta.

Poco a poco fueron haciéndose sus figuras más pequeñas en aquella extensa planicie de arena y por fin desaparecieron tras las últimas colinas.

Allí quedaba yo solo, abandonado, imposibilitado de hacer el más insignificante movimiento y destinado a morir lentamente de hambre y de sed, teniendo ante mis ojos dátiles y agua.

Intenté otra vez remover la arena para librar al menos de ella a los brazos, pero esta vez tampoco logré moverlos.

La luna, en tanto estaba ya en su ocaso y las tinieblas más densas comenzaron a extenderse por el desierto.

El silencio era profundo: tan sólo, a largos intervalos, oía como en la lejanía se rompían las olas del mar contra el Cabo



GAL NDO
30



Blanco. De pronto me invadió un miedo terrible. Me espantaba la idea de que acudiera alguna fiera.

Los leones son raros en el Desierto del Sahara: suele haberlos en algunos oasis y en lugares en que haya algún agua, pero las hienas, en cambio, son numerosas en estas regiones próximas al océano.

Podría venir alguna para devorarme el cráneo sin que yo pudiera hacer ningún movimiento para defenderme.

No obstante invocaba a la muerte.

La noche transcurrió entre continuos sobresaltos. Hubo momentos en que creí que me volvía loco.

Por fin, el sol salió proyectando sobre las arenas sus rayos abrasadores. Mi situación empeoraba en vez de mejorar; era cada vez más atroz.

El calor me producía convulsiones asaltándome como si fuese a reventármese el cerebro: la sed me atormentaba y de ningún modo podía aplacarla a pesar de que veía centellear ante mí el agua clara de aquel vaso.

¿Durante cuanto tiempo permanecí en aquel agujero enterrado? No lo sé. Una especie de síncope, producido por el calor excesivo, se apoderó de mí.

Cuando recobré el conocimiento ví a algunos hombres embosados en sus mantos incorporados cerca de mi cabeza y tras ellos muchos camellos.

Oí entonces una voz que me preguntaba:

—¿Quién eres, pobre hombre?

No eran enemigos: eran traficantes marroquíes que por casualidad pasaban por allí.

Me desenterraron, me trans-

portaron al interior de una de sus tiendas y me dieron a beber agua mezclada con café y *rhum*, luego me hicieron comer unas pastas redondas de harina bañadas en miel.

Pocas horas después había recobrado mis fuerzas por completo.

Cuando aquellos marroquíes oyeron mi historia, se miraron unos a otros y al punto un nombre se escapó de sus labios.

—¡Ben-Zaf!

—¿Quién es ese Ben-Zaf?—pregunté.

—El árabe del desierto más cruel que existe y uno de los piratas más sanguinarios—contestó uno de ellos—. Desgraciado del hombre que cae en sus manos.

—¿Entonces es posible que yo no vuelva a ver más a mis compañeros?—dije con verdadera angustia.

—No piense más en ellos—me contestó el jefe de la caravana—. Están perdidos ya para siempre.

Cuarenta días después llegábamos a Marruecos donde me separé de la caravana y me dirigí hacia Tánger. Allí visité al cónsul francés a fin de informarle de cuanto había acontecido e interesarle para que intentase libertar a mis compatriotas.

Todas las tentativas fueron inútiles. El gobierno marroquí me indemnizó de la pérdida de mi barco y nada más.

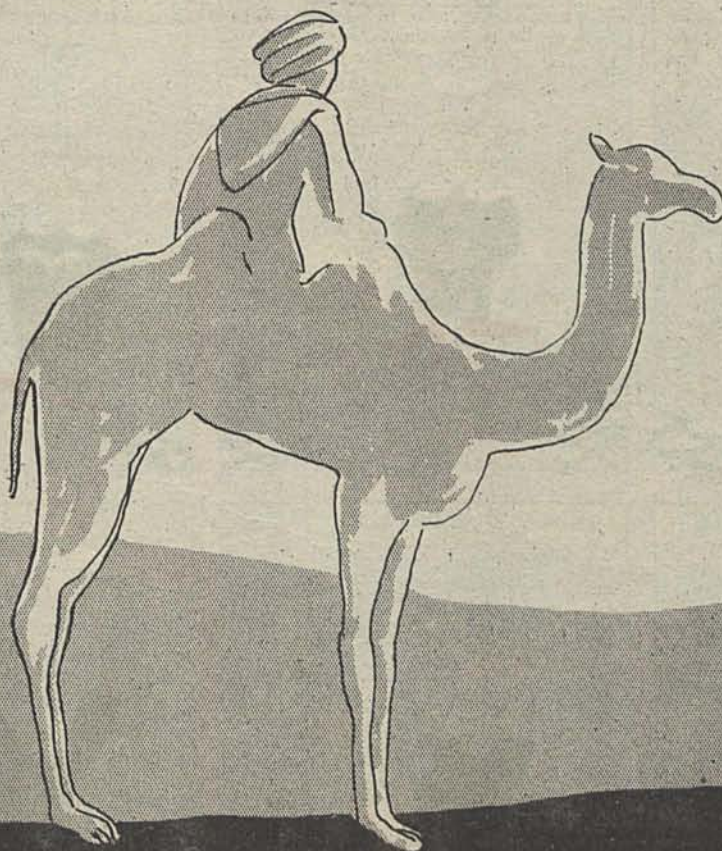
—¿Y no será posible tener algún día noticias de sus desgraciados compañeros? — le pregunté yo.

El capitán, de un manotazo rompió la botella contra la pared del camarote; después se puso en pie, presa de viva agitación y dijo:

—Nunca jamás y es muy posible que a estas horas hayan muerto todos ellos.

Y salió del camarote como ahogando un sollozo que le estallaba en el pecho.

FIN





CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



OYE, CHUFITA, YO
CREO QUE HOY DE-
BIAMOS DARNOS UN
PASEITO EN BARCA

PARECE COMO SI ES-
TUVIERAS DENTRO DE
MI CABEZA. YO PEN-
SABA LO MISMO



ALQUILAREMOS UNA LANCHA DE REMOS,
QUE A MI LAS BARCAS DE VELA NO ME
GUSTAN

NI A MI TAMPOCO, PORQUE
EN CUANTO SOPLA AIRE SE APAGA
LA VELA Y SE QUEDA
LA BARCA A OSCURAS



TENEMOS QUE ANDAR CON MUCHO
CUIDADITO PORQUE SI TROPEZAMOS
CON UN BANCO NAUFRAGAMOS

OYE, PERICUELO; SI VES UN BAN-
CO AVISA, QUE YO QUIERO
SENTARME



¿NO TE LO DECÍA YO? YA ESTÁ AQUÍ EL
NAUFRAGIO

¡MI ABUELA! ¡Y COMO
NOS VAMOS A PONER
CON LO MOJADÍSIMA
QUE ESTÁ EL AGUA



ESTAMOS PERDIDOS, CHUFITA, SOLOS Y EN ME-
DIO DEL MAR. ¿QUÉ SERÁ DE NOSOTROS?

EL CASO ES QUE SI LO SUPIERAN
EN CASA VENDRÍAN A SALVARNOS
PERO ¿CÓMO EN-
VIARÍAMOS UN RECADO?



¡AH! ¡TENGO UNA IDEA, PERI-
CUELO! ESCRIBE UNA CARTA,
ME ARRANCARÉ LAS CEJAS Y...



.... COMO UNA PALOMITA MEN-
SAJERA IRÁN DERECHITAS A
CASA



AHORA, A ESPERAR



¡YA VIENEN A POR NOSOTROS!
¡ESTAMOS SALVADOS, CHU-
FITA!

¿QUÉ GRAN-
DE ERES, PE-
RICUELO!





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LA MALA SOMBRA



DUES, señor, este era el Príncipe más desgraciado de todos los príncipes habidos y por haber. Jamás le salió cosa a derechas; pues, por salirle torcidas, hasta tenía las narices a un lado de la cara. Su nombre era también una equivocación: se llamaba *Miramamolín*, que en lengua persa significa: el *hombre de la suerte*.

Si tenía guerra contra algún Príncipe vecino, ya era sabido, recibía tantas palizas como batallas daba.

En cuanto montaba un caballo, aunque fuera más manso que un cordero, ¡paf!, salía por las orejas y se hacía un chichón como el puño; si iba a pie, tropezaba en la única piedra que hubiera en el camino y caía siempre del lado en que se hiciera más daño.

Si quería cantar, se ponía ronco; si quería beber, su copa estaba rota y el vino agrio; como bailase, ya se sabía, costalada segura; si quería dibujar una cabeza de mujer, le salía una caja de cerillas.

Nadie quería salir de caza con él, porque, en vez de darle a las liebres, siempre le clavaba los perdigones a algún amigo.

En fin, era el rigor de las desdichas.

Tan estrechado se vió por su mala suerte, que hizo publicar un bando en el cual ofrecía una crecida recompensa al individuo, hombre o mujer, que le dijera en qué consistía aquella serie de desgracias.

Inútil es decir la multitud de gentes que al oírlo de la recompensa acudieron a Palacio.

Un andaluz compareció diciendo que él sabía lo que aquejaba al Príncipe y que se ofrecía a demostrarlo, aunque fuera ante los siete sabios de Grecia.

Presentáronle al Monarca, y éste le indicó que podía decirlo ante la corte.

—Pues verá Vuestra Alteza. Estaba yo el otro día esquilando un borriquillo, cuando oí el pregón y me dije: ¡Joseliyo!, ya has hecho tu fortuna.

—Pero ¿qué es lo que tengo?—interrumpió el Príncipe.

—Pues Su Alteza tiene... *mala pata*.

—¡Mala pata!—gritaron aterrorizados los cortesanos—. ¡Este hombre confunde al Príncipe con una caballería! ¡Que lo ahorquen en seguida y luego se le tomará declaración!

El Príncipe, asustado de lo que había oído, se puso en pie, resbaló en la alfombra, yendo a dar con la cabeza en el vientre de su primer ministro. Éste, al

dolor, lanzó un rugido formidable y cayó sobre un cortesano, al que cogió un pie con tal desgracia, que le reventó dieciocho callos; el cortesano salió bufando a pie cojuelo por el salón, y de rabia mordía a cuantos encontraba a su paso; y, en fin, se armó una de todos los diantres.

—¡La mala pata—gritaba el primer ministro—la tengo yo!

Y se rascaba la barriga con la cabeza de una duquesa.

—¡La mala pata es ésta!—gritaba el cortesano enseñando el pie destrozado y tratando de morder al que pillaba.

—Pero ¿qué es eso de mala pata?—preguntaron al gitano.

—Quien dice en mi tierra *mala pata*, quiere decir *mala sombra*.

—¡Acabáramos!—gritaron todos, —pues si es todo eso lo que usted

sabe, ya se puede largar con viento fresco.

—Mira—dijo el Príncipe agarrándose al sillón, por si otra vez se resbalaba—; por esta vez te perdono; vuélvete a esquilar borricos y no vengas por aquí con asnerías.

Marchóse el gitano, y entonces el Monarca pidió que le trajeran las botas de calle para salir a paseo. Se las quiso poner, pero con tal fortuna que se le rompió el elástico y salió su pie disparado contra el pecho del primer edecán, el cual rodó como si le hubieran soltado un pistoletazo.

El Príncipe cayó hacia atrás con sillón y todo, recibiendo una monumental costalada; y, ciego de ira, mandó que degollasen al zapatero, que había puesto





tan ma los tirantes de las botas. En esto, el sumiller anunció que una joven deseaba hablar al Príncipe para un asunto urgente.

—¡Que pase!—exclamó el Monarca.

La joven que había sido anunciada era una encantadora muchacha de dieciocho años, bella como un ángel.

—¿Qué quieres?—preguntó el Príncipe.

—Vengo a curaros del mal que os aqueja. Seréis un hombre feliz si hacéis lo que os voy a recomendar.

Un silencio sepulcral se extendió por la sala, y aun por la antesala. Todos querían conocer el remedio prometido.

—¡Habla!—exclamó el Monarca lleno de impaciencia.

—Pues bien: el día en que encontréis un amigo leal, habrán desaparecido vuestras desdichas.

¡Un amigo!—Millones de amigos tengo dispuestos a todo por mí.

—¡Todos, todos!—gritaban los cortesanos.

—Basta con uno, señor. Es preciso que alguien vaya a la Gruta Negra y traiga la caja misteriosa, donde se encierra el libro del *secreto para ser dichoso*. Mas para llegar allá se necesita un afecto por vos y un valor a toda prueba; tanto, que un momento de vacilación costará la vida a quien intente la empresa. El que haya hablado mal alguna vez del Príncipe, que no tiene la aventura, porque es hombre muerto; y el que, sin haber llegado a hablar, haya pensado mal de él, está muy en peligro.

Oír esto y enmudecer todos fué lo mismo; nadie se ofreció a buscar el libro que contenía el *secreto para ser dichoso*, porque, cuál más, cuál menos, había murmurado de su señor.

—¿No hay quien vaya?—preguntó este—. ¿Qué dices tú, valiente Teobaldo, jefe de mis guerreros, que tanto dices que me quieres?

—Yo, señor—dijo balbuceando el aludido—, que... si no fuera porque tengo reuma...

—Y yo estoy con un cólico.

—Y yo tengo sañaones.

—Y a mí me duelen las muelas.

En fin, todos se excusaron y nadie quiso arriesgar el pellejo por la dicha del Príncipe.

—Ya lo veis, señor—dijo la joven, —cómo no es tan

fácil encontrar un verdadero amigo.

—Entonces iré yo.

—Ya empezáis a comprender, señor, algo muy importante: que no hay amigo como uno mismo. Ese es el primer paso. Pero, en fin, si no tenéis un amigo, tenéis en cambio una amiga, que soy yo, y he ido a la Gruta Negra y os he traído el libro. Tomadlo.

El Príncipe cogió con afán la cajita que la joven le tendía, y sacó de ella un libro pequeñísimo, no mayor que uno de papel de fumar. Abrió con afán sus hojas y encontró en ellas escrito lo siguiente:

«Si quieres ser feliz, conténtate con lo que tengas; cumple tus deberes de Rey y de cristiano a conciencia y todo te saldrá a pedir de boca. No hagas caso de aduladores, que son gente ruin y tornadiza que no quiere sino el salario que reciben; inspírate en la justicia y en la prudencia y cesará tu mala sombra.»

—Sabios consejos son—dijo el Príncipe, y ofreció cumplirlos al pie de la letra.

—Entonces—contestó la joven—, han cesado por siempre tus desventuras. Yo soy el hada *Ciencia*, que, guiada por la Fe, ando en auxilio del hombre.

Y, al decir esto, se transformó la joven en una nube que, al disiparse, dejó caer brillante rocío sobre la cabeza del Príncipe.

—Me siento otro—exclamó éste—. Ahora veo lo que causaba todas mis desdichas. Por lo pronto, vosotros—dijo a los cortesanos—estáis aquí de más, pero no quiero que os vayáis sin una prueba de mi afecto. Ahora mismo os quitáis las casacas, y con la espalda al aire recibiréis en ella quince bastonazos a descansa arriero. No es justo que os vayáis de vacío a vuestras casas.

Aquel castigo hizo su efecto, y el Príncipe pudo en adelante llamarse Miramamolín, sin que fuera su nombre una cuchufleta.

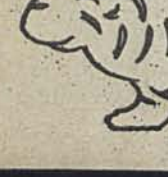
Si el cuento tiene moraleja, ya os encargaréis vosotros de sacarla.



FIN



¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—¿Tú has hecho algún viaje por mar, querido Buho?
—Me choca tu preguntita, amigo Chonón; ¿no sabes que no hay rincón del mundo que yo no conozca?

—Entonces habrás visto muchos delfines.
—¿Qué duda cabe? Es imposible atravesar los mares sin ver alrededor del barco a estos peces tan sociables.

—¿Sociables, dices?
—No solo sociables, sino también amigos del hombre.
—No querrás decirme que vienen a comer a la mano como las palomitas.

—No quiero decir tanto, Chononcito. Pero no hay otro pez en el mar que pudiendo, como el delfín, ser tan temible, haga menos uso de sus facultades. Es carnívoro y gran devorador, y, sin embargo, no ataca jamás al hombre. ¿Es esta una buena prueba de amistad?

—Lo es, sin duda alguna. Has despertado más aún el interés que ya sentía por conocer detalles del delfín. ¿Quieres que le dediquemos nuestra charla de hoy?

—Me parece muy bien. Los delfines son mamíferos marinos o cetáceos de tamaño bastante considerable, pues entre los de las grandes especies, y de éstos abundan extraordinariamente en las aguas de altura, los hay que alcanzan más de tres metros de largo. Se caracterizan por las fuertes y robustas aletas, verdaderas cuchillas, y por el prolongado hocico que termina su cabeza.

—¿Tienen dientes?

—¿Por qué no? Todos los peces los tienen. Y el delfín cuenta con mandíbulas poderosas, armadas de potentes dientes, con los que tritura peces de tamaño tan grande como el suyo.

—¿Y no temen ser ellos los devorados?

—Este temor no lo sienten, porque los delfines se presentan rara vez solos. Van en bandadas tan numerosas, que no es extraño contar en algunas varias millares de estos cetáceos. Existen unas quince especies de delfines, de las cuales, la más pequeña, habita en Melanesia (Oceanía) y sus individuos miden aproximadamente metro y medio de longitud. Son eminentemente carnívoros, pero sólo atacan a los peces, a los cuales persiguen con una extraordinaria agilidad. Con frecuencia se les ve dar saltos por encima de las aguas para atrapar peces voladores.

—¿Pero es que hay peces que vuelan?

—Los hay que por el gran desarrollo de sus aletas pueden volar largos trechos por el aire.

—No lo había oído nunca, mi querido Buho.

—Ya dedicaremos un día nuestra charla a los peces voladores; hoy hablaremos del delfín.

En la antigüedad se consideraba a los delfines como animales casi sagrados y se contaban de ellos leyendas en que se les representaba salvando náufragos y llevándolos sobre sus espaldas hasta la costa.

—¿Pero sería eso verdad?

—Ya te he dicho, querido Chonón, que son leyendas. Los primeros cristianos, afianzados en esta creencia, hicieron del delfín uno de sus emblemas. Sobre las paredes de las catacumbas de Roma se ven muchas pinturas y esculturas de este animal. Desde luego es un hecho real que los delfines aman y buscan la sociedad con el hombre.

—¿Y en qué fundamento se apoya esta creencia?

—No es una creencia. Es un hecho real. Los delfines muestran una gran afición a viajar alrededor de los barcos.
—No es esa una razón que me convenza, mi sabio Buho.

—¿Por qué?

—Porque también los tiburones navegan muchas veces junto a los buques y, sin embargo, no puede decirse que este animal sea amigo del hombre.

—El tiburón sigue a los barcos en espera de que caigan al agua residuos de comida para devorarlos.

—¿Residuos de comida nada más?

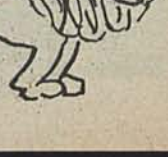
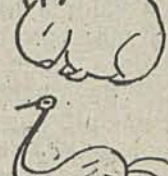
—O seres humanos. Precisamente por esta intención tan traidora no puede decirse que el tiburón busque la sociedad con el hombre. Busca a éste para devorarlo, si puede, y esto no es, ni mucho menos, una manifestación de amistad. En cambio, el delfín, escolta los navíos, juega alrededor de ellos y gusta regatear la velocidad marchando a la proa de los buques. A veces se pega a los costados de los barcos llevando una marcha tan regular, que parecen formar parte integrante de aquéllos. Otras veces, forman una perfecta línea recta a uno o dos metros de la proa y conservan una alineación y una equidistancia perfectas. No faltan tampoco ocasiones en que se dividen en dos bandos y navegan unos a babor y otros a estribor del navío. De todas formas, y naveguen como naveguen, es un hecho probado en miles de casos, que nunca han atacado a los náufragos, ni aun cuando estado las aguas tranquilas ha sobrevenido una catástrofe y se han llenado de víctimas. En cambio el tiburón...

—Ese no perdona ocasión. Y dime, mi querido Buho, ¿resisten mucho tiempo el rápido andar de los barcos?

—Bastante. Tal vez más que los otros peces. Se han visto bandadas de delfines navegando junto a un buque a una velocidad de treinta kilómetros por hora durante más de un día, lo que prueba bien claramente su extraordinaria resistencia. En muchas ocasiones se reúnen en bandadas de doscientos, y aún más, constituyendo para los viajeros de los barcos un divertido espectáculo ver sus movimientos y sus juegos.

—¿Y habita el delfín en todos los mares?

—Menos en los de aguas muy frías, en todos, y lo mismo cerca de las costas (muchas veces, desde la playa, se les ve dar saltos sobre el agua o asomar su acerada y brillante espalda) que en las regiones marinas más alejadas de la parte seca.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un fuerte.—H. Romero



Currinche
J. Ruiz Lillo



Mi gramófono
V. González



Una casa de campo
Josefina Gómez



El elefante de mi casa
Pilar García



Juan Richepín
F. Serrano



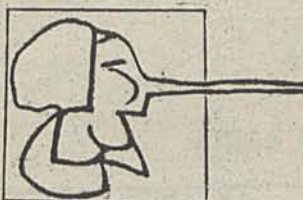
Mi bicicleta
Fernando Ulacias



Parera, del F. C. E.
E. Ribás



Pinocho.—R. Ribas



La cabeza de Pinocho
Paquita Lillo



La casa de Pinocho
A. Suárez



Un coche
T. González



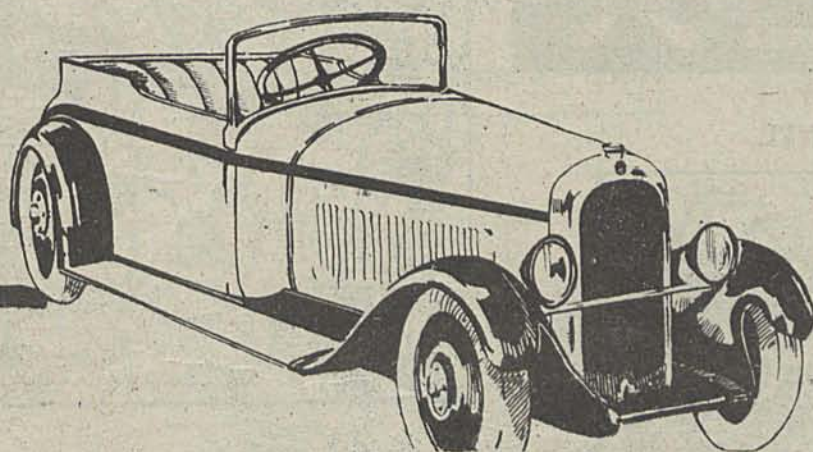
Explorador
Un desconocido



El perro de Xaudard
Alfonso Sancho



Pinocho
José Mayor



¡Niños!

Este hermoso automovil con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora, puede ser para vosotros.

Es uno de los premios del

GRAN SORTEO DE JUGUETES

organizado por el

PAPEL DE FUMAR ABADIE

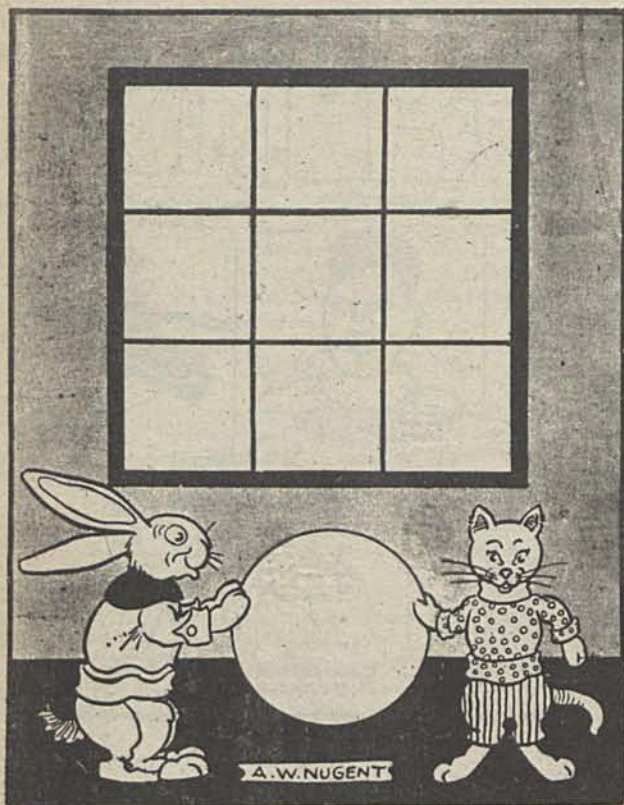
Vuestro papá encontrará las condiciones en todos los Estancos o en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie — Campoamor 20 — Madrid

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS LETRAS



Hay que poner en cada cuadro una letra, de forma que, horizontalmente, se lea:

- 1.º—Monja.
- 2.º—Adverbio.
- 3.º—Composición poética.

y verticalmente:

- 1.º—Mineral.
- 2.º—Animal.
- 3.º—De Geografía.

LOS AVENTUREROS



EL AUSENTE



Dos monos estaban muy tristes porque hacía mucho tiempo que no veían a un hermano suyo llamado Gerardo, sin sospechar que el tal hermano estaba al lado de ellos.

Si os queréis convencer no tenéis más que unir con líneas los números, por orden, y veréis como es verdad lo que digo.

Cuatro aventureros alemanes—una gallina, un loro, un conejo y una ardilla—salieron una mañana de su país en busca de aventuras.

Iban a correr mundo y llevaban todos ellos una gran reserva de ilusiones y esperanzas en la cabeza.

Pero llegó el tío Paco con la rebaja, porque se perdieron en lo más hondo de un tenebroso bosque y no pudieron seguir su camino.

¿Sabréis indicar vosotros dónde están?

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

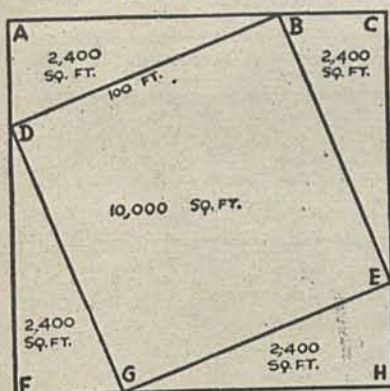
EL CIERVO SORDO



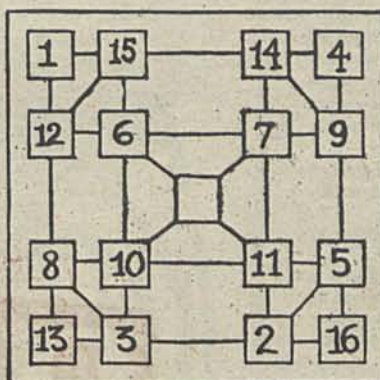
LOS DOS PELÍCANOS Y LA ARDILLA



EL TABLERO



EL MOSAICO ÁRABE



LAS LETRAS UNIDAS



LOS LOBOS



LOS TRES PERROS



DIBUJO CON ERRORES.—Núm. 268

- 1.—El adorno de la lámpara está torcido.
- 2.—El cuello del traje de la niña es de dos colores.
- 3.—La franja del vestido está mal cosida.
- 4.—Las suelas del niño no son iguales.
- 5.—Al niño le falta medio cuello en el traje.
- 6.—El muchacho tiene los botones de la manga derecha mal pegados...

- 7.—Tiene un botón en el lado de los ojales.
- 8.—Le falta en el puño derecho los gemelos...
- 9.—Los pantalones no son iguales.
- 10.—Lleva un calcetín de un color y otro de otro.
- 11.—Lleva un zapato con cuatro agujeros y el otro con seis.
- 12.—La estera no está terminada...
- 13.—El sostén de la lámpara no está dentro de esta.

Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA



El brujo Barboncete, la bruja Lechuzota, los seis mirlos blancos y la dulce Dulcita.

(PUN)

Siguiendo las indicaciones del libro de brujerías que he consultado—dijo el duque a su hija—he cogido

cuatro docenas de rosas blancas, cuatro de rosas rojas y cuatro de rosas de te; las he quitado los pétalos...

—¿No podías abreviar un poco, papá?—suplicó Dulcita que estaba aun más impaciente que nosotras por saber cuanto a ella se refería.

—Espera, hija mía, que todo llegará—dijo el duque que era algo calmoso. Y prosiguió: —Espárci los pétalos sobre un barreño lleno de agua, en la que había hecho hervir cuatro alas de mariposas...

—¡Papá, por Dios!—volvió a suplicar la duquesita.

—¡Vaya, acabaré en seguida! Total, que los pétalos formaron signos cabalísticos, en los que yo leí que para devolver a tus hermanos su forma humana es preciso que tú, con tus propias manos, hagas para cada uno una camisa con un hilo tan fino, que para hilarlo no tardarás menos de seis años; y aquí viene lo más gravel, durante esos seis años no deberás pronunciar una sola palabra.

¿Verdad que era terrible esta última cláusula? ¡Seis años sin hablar! Sin embargo, Dulcita era tan buena, tan abnegada, que la aceptó con alegría, encantada de sacrificarse por sus hermanos; y con su rueca y una provisión de hilo especial, más fino que el de las telarañas, fué a encerrarse en una cabaña aislada, y sola se quedó allí entregada a su labor.

Durante cuatro años estuvo hilando sin reposo y sin hablar; verdad es que esto último no le costaba gran trabajo, pues no pasaba un alma por allí.

Sin embargo, un día oyó grandes ruidos; era una cacería organizada por el rey de un país vecino.

Como no podía menos de suceder, el hijo del rey acertó a pasar por delante de la cabaña, vió a la duquesita, se enamoró de ella y le pidió su mano. Dulcita se puso más roja que una amapola, bajó los ojos, sonrió graciosamente... y se calló. El príncipe insistió en su declaración, y Dulcita en su silencio.

—¿Será muda?—se preguntó el príncipe con inquietud.

Primero se lo preguntó con inquietud, pero luego se hizo la reflexión de que una niña tan bella, y que además no hablase ni para quejarse ni para reír, debía de ser cosa muy agradable. Y resolvió casarse con ella a pesar de todo. Dulcita le siguió, llevándose su rueca, las cuatro camisitas terminadas y el hilo necesario para las dos que faltaban.

Se casaron y la nueva princesa se instaló en el palacio de sus suegros, los reyes, y siguió hilando y silenciosa. De este modo los esposos vivieron felices, sin regañar nunca, como es natural.

Pero por muy felices que vivieran y por muchas perdices que comieran, el cuento, como comprenderéis, no acaba aquí.

Un día se presentó en Palacio una señora, ofreciéndose para servir de ama de llaves. Era tan respetable su aspecto, que quedó admitida en el acto. Pero, ¿sabéis quién era aquella "respetable" dama? Pues nada menos que la infame bruja Lechuzota, que se había disfrazado para perjudicar a la hija de Barboncete.

Poco tiempo después cundió en palacio un rumor gravísimo, que fué extendiéndose y sembrando el horror en todo el país: ¡la corona de esmeraldas del rey había desaparecido!

Había motivo para horrorizarse, pues según predicciones del adivino mayor del reino, a aquella corona iba unida la suerte del país. Si la corona desaparecía, plagas espantosas (guerras, epidemias, hambre, terremotos, inundaciones, etc.) asolarían el reino.

Mientras el pueblo entero se lamentaba y en palacio todos lloraban, gemían y se tiraban de los pelos, la nueva ama de llaves, demostrando un gran celo, dirigió las pesquisas para recuperar la preciosa joya.

¿Y sabéis dónde se encontró la corona? Pues en el propio armario de la princesa Dulcita. (¿Necesito decirlo que fué Lechuzota la que allí la escondió?)

La indignación fué tal en todo el país, que la pobre princesa fué sacada de palacio, encerrada en la cárcel y condenada, sin que su marido pudiese impedirlo, a ser quemada viva.

Sin duda, la infeliz hubiera podido justificarse, explicar quién

era, probar su inocencia, pero para ello hubiera tenido que hablar y prefirió guardar su silencio heroico y seguir tejendo la última camisita, para la cual faltaba ya muy poco.

También me diréis que pudo haberlo contado todo por escrito, pero es que Dulcita... no sabía escribir. Esto no tenía nada de particular; en aquel tiempo las niñas empezaban muy tarde a estudiar. Dulcita iba a empezar precisamente cuando ocurrió la aventura de los mirlos y fué a encerrarse en una cabaña.

Llegó el día de la ejecución; era el mismo en que, después de seis años de trabajo y de silencio, Dulcita terminaba las camisitas. Fué llevada a la hoguera sin soltarlas de la mano.

Ya subían las llamas hacia la desdichada princesa, cuando de pronto acudieron volando seis mirlos blancos; cada cual abrió el pico, del que cayó un chorrito de agua, y ¡oh milagro!, aquella lluvia tenue bastó para apagar las llamas. Dulcita no perdió el tiempo: arrojó cada una de sus camisitas sobre cada uno de los pajarillos y al punto todos quedaron transformados en seis jóvenes encantadores.

Comprenderéis que después de esto Dulcita habló, y sus primeras palabras fueron para indicar las señas de su padre, el señor duque Barboncete, que acudió a toda prisa a abrazar a sus siete hijos.

La horrible Lechuzota, desenmascarada, sintió tal rabia que se tiró de cabeza a un pozo y debió de llegar así a su verdadero lugar, que es el infierno, pues no se la ha vuelto a ver más.

No necesito decirlo felices que vivieron todos desde entonces. Prefiero daros la moraleja de esta historia, y es que todas las Pirulindas deberían ejercitarse a permanecer algún tiempo sin hablar, por si se encuentran en el caso de tener que salvar a alguien, con su silencio, y además porque ese es un ejercicio el cual los papás, seguramente, no se quejarían.

